



14

LA VISITA — 1882

El P. Robalino se paseaba, entre nervioso y feliz, comprobando que todo estuviera reluciente y en orden. ¡No todos los días se recibía la visita del Obispo en la Comunidad! Además, en esta oportunidad, venía solo como Padre, para escuchar y compartir con sus hijos. Ya los había acompañado antes, para la Fiesta de la Merced, pero había sido una instancia muy protocolar, con la presencia de las autoridades y de toda la comisión parroquial, sin olvidar a los miembros de la Cofradía de la Merced. Había sido muy lindo y emotivo, pero hoy... ¡esto era diferente!

A la hora anunciada, Mons. Fr. Mamerto Esquiú se presentó, vistiendo su hábito franciscano, y como únicos signos episcopales, el anillo, el solideo²⁸ bordó y el pectoral²⁹.

²⁸ Casquete, generalmente de seda, formado por seis piezas o gajos cosidos entre sí, que usan prelados de la iglesia católica, como los obispos, cardenales y el Papa, para cubrirse la coronilla.

²⁹ Cruz que llevan sobre el pecho los obispos y el Papa.



Rechazó con gesto amable el saludo protocolar debido al Obispo, al que, sin embargo, debía someterse en los otros ámbitos donde se movía. Aquí, se sentía en casa.

Mientras recorrían el convento, la conversación saltaba de un tema a otro: arte, si se detenían a observar alguno de los cuadros que adornaban las paredes; jardinería, cuando recorrieron el patio central; gastronomía, al pasar por la cocina... Como buen fraile, acostumbrado a trabajar con sus manos en los múltiples oficios de una vida regular, todo lo apreciaba y valoraba en su justa medida.

Finalmente, se sentaron en la sala de estar y prefirió compartir el mate, antes que la taza de té que le había sido ofrecida.

- ¡Así que ya está de vuelta, P. Torres! – exclamó, dirigiéndole una sonrisa – Y, ¿cómo le han sentado los aires riojanos?
- ¡Muy bien, Su Excelencia! – contestó, devolviendo la sonrisa – aunque no puedo negar que ahora estoy contento de estar de regreso. Bueno... Ud. sabe, uno aprende a estar bien en todas partes.
- ¡Es verdad, es verdad! – Monseñor rió al percibir la picardía del comentario. – Y... dígame, ¿llegó a enterarse allá, de los últimos sucesos en Buenos Aires?
- Algo le hemos estado contando en estos días, – intervino el P. Robalino – porque llegó, ignorante de todo.
- Pero, quizás Su Excelencia Reverendísima quiera informarme más acabadamente – accedió el P. Torres, notando que el Obispo quería hablar del asunto.
- Sí... es un tema muy serio y preocupante – dijo entre dientes y como para sí mismo –. No dejo de pensar cómo algo bueno en sí mismo, puede degenerar en males incalculables cuando es manipulado con mala intención. ¡Nuestra Patria está en riesgo! ¡La fe de nuestro pueblo está en juego!

Se hizo un momento de silencio. Ninguno de los presentes se atrevió a romperlo, esperando que el Prelado continuara.

- Hace casi dos años que el obispo de Salta, fray Buenaventura Rizo Patrón, lo viene anunciando: la irreligión, solapadamente, está abriéndose camino en nuestra joven nación, con ánimo de enseñorearse y dejar sin fe al pueblo. Quiso hacerlo,



de hecho, con los inmigrantes, pero Nuestro Señor es más inteligente y astuto: los labriegos que trajo, gente humilde y sencilla, sin contaminación de los letrados europeos, llegaron con su firme fe a cuestras. ¡Pero el Malo y sus secuaces, también son inteligentes! ¡Saben muy bien por dónde atacar las bases y reemplazarlas por las de ellos! ¡La educación! ¡Y ahí lo tenemos: un Congreso Pedagógico Internacional, que no dijo algo nuevo en lo propiamente “pedagógico”, pero logró implantar la “escuela estatal laica”, porque “las creencias religiosas, son del dominio privado”!

Se produjo otro silencio, más prolongado que el anterior, pero esta vez fue el P. Torres quien lo rompió.

- ¿Y no hubo gente de nuestra Iglesia que pudiera presentarles batalla?
- Sí, la hubo. Uno de ellos es un joven muy valioso, José Manuel Estrada, y lo acompañaron otros más: Nicolás Avellaneda... Navarro Viola... Lamarca... y varios más cuyos nombres no recuerdo, pero cometieron un error: ante el aparente dilema de avalar con su presencia las ideas equivocadas, o retirarse para no “quedar pegados”, optaron por esto último y así, al momento de la votación, dieron mayoría a los enemigos de la religión – su voz, a esta altura, sonó dolida y... sí... desilusionada.
- También le comentábamos, al P. Torres, sobre la nueva Ley de Registro Civil – acotó el Hno. Roque intentando, sin conseguirlo, distender el ambiente que se había creado.
- ¡Otro tema! – exclamó Mons. Esquiú, levantando ambas manos hacia el cielo –. Ahora quieren hacernos creer que los registros parroquiales de nacimientos, casamientos y defunciones, no son registros fidedignos y completos. Toda la vida han sido las parroquias las que se encargaron de eso, y no solo de anotar a los fieles, sino a cuanta persona naciera y viviera en su territorio. ¡Ya lo he dicho: detrás de esto está el ataque directo a la fe y costumbres cristianas!
- Monseñor, disculpe mi ignorancia – volvió a hablar el Hno. Roque –; es cierto que las parroquias sufrirán una merma en sus ingresos económicos, ya que no podrán cobrar los estipendios acordados para cada caso, pero... ¿tanto como ataque a la fe y costumbres?



- Mire, Hermano, esta decisión tan simple y casi intrascendente, trae su cola... Hasta ahora, a cualquier persona que se registraba, se le hablaba de Dios y de la conveniencia de ordenar la propia vida según las normas del Evangelio. Los creyentes, reafirmaban su fe; los demás, eran invitados a abrirse a ella. Ahora, en cambio, nadie les hablará de Dios, y estoy seguro de que apuntan a que más de uno, "olvide" la necesidad del Bautismo.

El Hno. Roque meneó la cabeza con preocupación; comenzaba a entender por dónde iba el pensamiento del obispo.

- Y, ¡acuérdense lo que les digo!, en cualquier momento se aparecerán con el matrimonio civil. Y allí, todos los derechos y prerrogativas serán dadas a esta forma de matrimonio, y no al único verdadero realizado delante de Dios. ¡Y no me extrañaría que sea impuesto como obligatorio a todos los ciudadanos!

El P. Torres estaba con el ceño fruncido. Había comprendido muy bien la situación, y compartía íntegramente la visión y preocupación del Prelado. ¡Pobre país, tan joven y ya tan embestido por intereses mortales! Porque pretender matar la religiosidad del pueblo, equivalía a matar al pueblo mismo...

Esa noche, arrodillado ante el Sagrario, se quedó mirándolo, en silencio. No necesitaba hablar; en su mirada, impregnada de dolor, se sucedían las preguntas que martilleaban su corazón: ¿por qué la Providencia no le había permitido ser parte de ese Congreso, para pelear con todas las fuerzas de su alma y de su entendimiento?, ¿podía él, hacer algo por su Patria, por la Iglesia, por el pueblo?, ¿qué hacer y cómo, si su vida se desenvolvía en la vida regular a la que había sido llamado?, ¿cómo vencer a semejante dragón?...

Le respondió el silencio... Dios callaba... Todavía no era el tiempo...